

só hasta conseguir que se le erigiera un monumento. Si Barros Arana hubiese tenido un amigo tan bueno y tesonero, ya tendría él también una estatua. Es cierto que el señor Donoso habla de la amistad entre Barros y Amunátegui, pero creo que se podría haber dicho más sobre una amistad de tantos años.

Por mi parte, y aunque el señor Donoso lo afirme y lo apoye en buenas razones, se me hace duro creer con él que las cartas políticas de Severo Perpena sean de don Diego Barros Arana. Aun cuando Barros dió en su vida muestras de ser hombre apasionado y violento, en sus amores y en sus odios, el género de pasión que ha inspirado las cartas me parece poco acorde con sus predilecciones de hombre de estudio, profundamente asentadas ya en la pista de la historia en los años en que esas cartas se publicaron. En todo caso, esta cuestión sólo podría zanjarse con un examen de estilo de las cartas reconocidas como de don José Francisco Vergara y las que el señor Donoso cree escritas por don Diego Barros. Este examen, como se comprenderá, no podría hacerse en esta ocasión.

Creo también que el señor Donoso ha contado un poco superficialmente la destitución de Barros Arana de su cargo del Instituto Nacional. Cuando este hecho se produjo hubo manifestaciones concomitantes que convendría haber narrado. El folleto del señor Loubert, que el biógrafo colaciona en su bibliografía, podría ser la base de esa ampliación del estudio.

Finalmente, he echado de menos

en la bibliografía de Barros Arana algunas publicaciones que merecen mención. Me refiero sobre todo a las traducciones del francés que hizo Barros Arana en los primeros años de su vida literaria, que el señor Donoso acepta al transcribir un fragmento de Barros en que se alude a ellas y que hasta hoy habían figurado en anteriores bibliografías de Barros. En bibliografía, ya se sabe que nada sobra.—*Raúl Silva Castro.*

LIBERTAD Y DESPOTISMO EN LA AMÉRICA HISPÁNICA, por *Cecil Jane.*

El autor de este libro es inglés y ha estudiado con detenimiento la historia, las constituciones políticas y las costumbres de los pueblos americanos, a los cuales conoce también de *visu*. Todos estos caracteres se observan a través de la lectura de *Libertad y despotismo* (1). En estas páginas, en efecto, el autor hace obra de analista, a menudo frío, de los grandes hechos sociales de que ha sido escenario el continente civilizado por España. Pero este análisis es una síntesis al mismo tiempo. Para poderse manejar con soltura en la maraña de los microscópicos detalles de que está hecha la historia de América, el autor ha debido proceder a componer vastas síntesis, cuadros muy amplios, en que sólo se atiende a los rasgos generales. La tergiversaciones que a veces se observan en estos cuadros no arguyen

---

(1) Editorial España, Madrid, 1931. El libro viene precedido por un prólogo de Salvador Madariaga.

poco conocimiento de la realidad por el autor sino que son debidas a la necesidad de unificar los caracteres de un conglomerado, que no es homogéneo ni como raza ni como cultura ni como vida política.

Después de esbozar en vastas generalizaciones el transcurso de la vida americana bajo la colonia y de caracterizar la revolución emancipadora, el autor se apresura a extraer consecuencias. Para ello hace apelación a la vida española, que también ha estudiado:

Ese mismo individualismo que impele al español a oponerse a todo control, le lleva también a someterse a él con agrado cuando es el resultado de una vigorosa afirmación de individualidad por parte de otro: cuanto más enérgica la afirmación, más presto el acatamiento. Y de aquí que exista una perpetua tendencia a oscilar entre un grado de libertad que casi equivale a la negación de todo Gobierno y un grado de Gobierno que equivale casi a una negación de toda libertad. Ese dilema, y el conflicto del cual se deriva, es inevitable fruto de la mentalidad española, de la combinación del amor a la independencia con el anhelo de eficiencia en el Gobierno, de ese ardoroso idealismo que ha inspirado siempre a la raza. Y en las peculiaridades del temperamento de la raza es donde las aparentes contradicciones de la vida política de la América española y el conflicto que constituye esa vida deben, en último término, buscarse, (Pág. 44).

Para el autor, por tanto, la vida política de América, convulsionada y herida a menudo, se explica como una oscilación entre la libertad, que impide gobernar bien, y el gobierno fuerte, que hace imposible la subs-

sistencia de la libertad. Es una tesis ingeniosa, y si la aplicamos como método dialéctico para explicarnos las complejidades de la política chilena, observaremos que tiene mucho de verdadera. En el momento en que aparece Portales en el escenario de la vida pública hay un liberalismo anárquico que impide todo gobierno. Portales toma las riendas, y para gobernar necesita hacer dos cosas paralelas y complementarias: divertir a los chilenos con fáciles entretenimientos (fondas y chinganas, con arpa y vihuela), para acallar su anhelo de entrometerse en la cosa pública, (1) y restringir la libertad. Para conseguir este último designio somete a la nación a un terror blanco, reviviscencia de la disciplina colonial, que Portales llamaba «el peso de la noche». De esta manera, su gobierno, un gobierno eficaz y no liberal, da forma a la nación inerme. El caso de Balmaceda es parecido. Una suave anarquía producida por la interpretación parlamentarista de la Constitución de 1833, tendía hacia 1889 a anular las iniciativas de un jefe de estado con más iniciativas y empuje que algunos de sus

(1) En la guerra contra la Confederación Perú-boliviana, Portales debe haber visto una espléndida manera de entretener a los chilenos y hacerlos alejarse, por tanto, del contacto con la cosa pública. Pero aquí se enredó en sus propios lazos, y uno de los que iba a costear la diversión del pueblo vil (pueblo al cual Portales despreciaba, tal vez por lo mucho que se le parecía en las horas de sombra), Vidaurre, un romántico deschavetado, lo mató. Los hombres de esos días, menos indulgentes que los de hoy, castigaron esa felonía con la muerte. Si hubiesen dejado vivo a Vidaurre y le hubiesen dado oportunidades, acaso de él habría salido un caudillo liberal de buena estampa. Claro está que lo que la República necesitaba entonces eran buenos conservadores como Portales y no liberales del tipo de Vidaurre...

predecesores. Para hacer un gobierno eficaz era necesario, pues, restringir la libertad. Balmaceda lo intentó al pretender poner en vigencia, sin resguardo de las formas constitucionales, el Presupuesto de 1890 durante 1891. El Congreso, herido, y los partidos políticos, que custodiaban la Constitución como vestales, conquistaron el apoyo de la Escuadra y la guerra civil estalló. Los revolucionarios defendían la libertad y acusaban a los gobiernistas de pretender entronizar la dictadura. Los gobiernistas (es decir, los partidarios de Balmaceda) se amparaban en el criterio de la eficacia gubernativa, ante la cual necesariamente desaparece o se reduce mucho la libertad. El triunfo de los primeros maniató durante varios lustros las iniciativas del Presidente, que en algunos períodos pareció monarca constitucional, no porque reinara sino porque no gobernaba.

Todo esto prueba que la oscilación entre la libertad y la eficacia del Gobierno es una buena fórmula para explicar las vacilaciones de la vida política americana y para entender —y ennoblecer un poco— la vergüenza de las revoluciones, dictaduras, alzamientos populares, caudillismo, bandidaje disfrazado bajo ideales, que forman la trama de la vida pública en América a lo largo de los siglos XIX y XX. El capítulo IX de este libro, titulado *En busca de gobierno eficaz*, debe ser leído atentamente por cuantos quieran estudiar la realidad americana y trazar a costa de ella alguna conclusión validera. Allí el autor reúne los hilos dispersos, mezcla agudas referencias

históricas, de España y de América, y esquematiza en pocas líneas y con grande agudeza lo que le interesa dejar establecido. Finalmente, para que el cuadro no parezca demasiado sombrío y para que los americanos no repudien el libro, el autor dedica un capítulo final de loa a las excelencias del futuro de América. Posiblemente el autor sienta también, con lealtad, algunas de esas expresiones. Entre los propios americanos hay muchos que las agradecen porque la educación así lo manda, pero que no engañan con ellas.

El libro de Cecil Jane es muy interesante, y su lectura viene oportunamente a poner en claro algunos de los problemas más angustiosos de la vida americana (Chile no es una excepción; este papel privilegiado pudo mantenerlo sólo hasta 1924, y la intervención de las fuerzas armadas en la cosa pública lo ha anulado hasta el presente y promete seguir anulándolo para el futuro próximo).—*Raúl Silva Castro*.

DANTON, por *Hilaire Belloc*.

No debemos considerar propiamente como biografía novelada la vida de Danton (1) escrita por Hilaire Belloc. Carece de la amenidad y del interés dramático que tienen las biografías escritas por Maurois, Ludwig, Zweig, etc. Y ello es explicable. La vida de Danton, en su aspecto íntimo y emocional, es opaca; su actuación política fué clara y breve; su espíritu, recto e irreductible.

---

(1) DANTON.—Hilaire Belloc. Editorial España.